

últimos, si las primeras no llevasen tambien consigo ciertas satisfacciones, cuya severidad misma tiene gratos encantos». (1) Al principio de sus *Memorias*, cuando habla de sus expansiones de piedad, pregúntase á sí misma: «¿Este corazón tan tierno, esta sensibilidad tan afectuosa, no fueron acaso estimulados por objetos mas positivos? y despues de haber soñado la felicidad, no la he conseguido en una pasión que concebí posteriormente? No nos anticipemos, añade. «Así pues, lo que ella prevé debía aun suceder. Por fin, germinó tambien en aquella alma poderosa la gran pasión que tanto la amedrentaba, y de la que apenas pudo preservarla en la edad madura una fortaleza atlética unida al socorro de la filosofía, según dice tambien en otra parte.

Mas ¿cual fué el objeto de esta terrible y tardía pasión? Si leemos el halagüeño retrato que se complace en pintar de Barbaroja: «Esa cabeza de Antinoüs, en un jóven activo, laborioso, franco y valiente, amante de la independencia, envaneido con la república y nacido para brillar en ella,» nos inclinaremos á creer que ese fué el modelo que se la inspiró. Mas lo creeremos aun si consideramos que cuando fué interpelada en su interrogatorio para declarar quienes eran sus amigos, soltó este grito salido del corazón: «Particularmente Barbaroja!» ¡O muger, has revelado tu secreto! M. de Sainte-Beuve hace omision de todas estas circunstancias, y nada ve que pueda inducir á formar conjeturas sobre este particular; y añade: *sagrado velo cubrirá para siempre esta nueva borrasca que á la proximidad de la muerte se agrupaba y acrecentaba silenciosamente en un alma tan grande* (2).

(1) *Memorias*, edicion de 1823, en 12.º, tomo 2.º, pág. 261.

(2) Barbaroja, en las *Memorias* que escribió (pág. 30), hace mención de las primeras relaciones que tuvo con Rolland al caer por primera vez del ministerio. Si examinamos atentamente la tinta oscura que tuvo en un principio el reducido horizonte político de madama Rolland, veremos tal vez que luego fué debilitándose hasta confundirse con la del partido mas flojo á que pertenecía Barbaroja, á medida que iba tomando mas incremento la pasión que por este fomentaba.

Ya que dejamos rápida y sucesivamente delineado el cuadro de las impresiones de madama Rolland, que hemos procurado deducir unas de otras y poner en una perspectiva en que pueda el lector abarcarlas todas con una sola ojeada, medirlas y juzgarlas fácilmente; ya que esa hermosa figura ha tomado todas las posiciones, en pie, sentada, de perfil, de frente, descubiertas las facciones y el alma de manifesto: tomemos aliento, y reflexionemos; ¿qué poderoso principio de vida debió prestar á la revolucion una muger de esta clase, con los vivos sentimientos que la animaban y los medios admirables que poseia para propagarlos! Qué insaciable sed de libertad! Cuanto afán y cuanta ternura para este ídolo de amor que ayer nació! Qué incesante actividad! Cual madre afanosa y de cariño embriagada, agítase, va, vuelve, vigila y accecha para ver si algun enemigo trata de tender lazos á su recién nacido idolatrado; presiente las borrascas que se preparan, y se afana por guarecerle de ellas. Mas, la libertad que ella desea es noble y bella, no la que se viste de andrajos; una libertad arropada á la antigua; la elegante *Eleuteria* de los griegos, con sus dos hermosas compañeras *Adeone* y *Abcone* que van y vienen, ó la imponente libertad de Tiberio, erigida en el monte Aventino en medio de columnas de mármol. Madama Rolland la inspiraba á todos los corazones tal como ella la sentia, consintiendo en ser su mensajera y oradora; hablaba tan bien su lenguaje, y sabia tomar su porte con tal exactitud; que con frecuencia se tomaba por la diosa á la sacerdotisa. Puede decirse sin exageración que madama Rolland dió á la revolucion una parte de su fisonomía.

Encerrada en la cárcel, siéntase y se pone en profundo recogimiento. No cambiáran los momentos que siguieron, dice ella misma, con los que tal vez muchos juzgarán que fueran los mas gratos de mi vida. Jamas se me apartarán de la memoria; pues en la crítica situacion en que me hallaba, teniendo á la vista un porvenir borrascoso é incierto, me hicieron saborear todo el precio de la fortaleza y la honradez emanadas de la sinceridad de una conciencia tranquila y de un valor extraordinario. Consagréme, por decirlo así, voluntariamente á mi destino, cualquiera que fuese, desafié sus rigo-

res, y me fijé en aquella disposicion en que ya no trata uno mas que de emplear bien el tiempo sin atormentarse por lo venidero.» (1) Y luego añade: «Me hallaba allí lo mismo que cuando estoy enferma, que jamas estoy mas sosegada; y esto es una consecuencia de la ley que me he impuesto de suavizar siempre la necesidad, en vez de irritarme contra ella. Luego que estoy en la cama, me parece que quedo libre de todo deber y que de mí no puede apoderarse clase alguna de afan, como no me queda mas arbitrio que permanecer allí, resignome gustosa, dando libre curso á mi imaginacion y conciliando las gratas impresiones y recuerdos lisongeros; no mas esfuerzos, cálculos ni raciocinios; enteramente abandonada á la naturaleza y pacifica cual ella, sufro sin impacientarme, ó bien descanso y me distraigo.» «En una palabra, dice finalmente, hice memoria de lo pasado, calculé los futuros sucesos, y si al consultar este sensible corazon hallé *algun afecto harto pujante*, ni uno solo descubrí que me hiciese abochornar, que dejase de servir de estímulo á mi valor, y que al propio tiempo no supiese refrenarlo.»

Y ese afecto tan pujante que entonces se concentraba en su alma, situándose enteramente entre ella y la muerte que la amenazaba, ¿no fué acaso el mismo que suavizaba de tal modo una posicion tan cruel?

Desde un principio escribió á la convencion una carta llena de dignidad (1.º de junio de 1793). Fueron á visitarla algunos amigos, entre ellos su doncella que al verla se deshizo en llanto; madama Rolland la tenia como á una amiga, y decia: *Cuando yo padezco, ella llora, y yo la consuelo.*»

Permitíanle leer los papeles públicos. ¡Qué golpe fué para ella el ver en ellos el decreto de prision contra los veinte y dos! El diario le cayó de las manos, y exclamó traspasada de amargura: «Mi patria está perdida! Ya no hay libertad posible para la Francia; el error y el crimen han prevalecido; la representacion nacional está violada, puesto que los hombres

(1) *Memorias*, tomo 2.º, pág. 95.

mas sabios y virtuosos que contaba se ven proscritos. ¡Adios sublimes ilusiones, sacrificios generosos, esperanza, patria, felicidad, adios! En los primeros arrebatos de mi tierno corazon, á la edad de doce años, lloraba yo porque no habia nacido espartana ó romana; luego creí ver en la revolucion francesa la aplicacion inesperada de los principios con que me habia embriagado: ya no será mas lacerada mi alma, me decia, con la vista de la humanidad envilecida... se preparan grandes mejoras, y la felicidad de todos constituirá la base y la fianza de la de cada uno. Brillantes quimeras, seducciones que me habiais halagado, todas desapareceis ante la espantosa corrupcion de una inmensa ciudad! ya desprecio la vida, pues sin vosotras la detesto!» (1). En aquella situacion principié á escribir las inmortales Memorias en que, ni la presencia de la muerte, ni el horror de los cerrojos, pudieron debilitar ni un solo instante el calor y la magnificencia del pensamiento, ni alterar las gracias del tono jovial.

En vano escribió al ministro Garat con el fin de que hiciese pasar á la convencion sus reclamaciones; pues este nada leyó. Ya no le quedaba mas recurso que el de dirigirse á la seccion de Beaurepaire, que habia tomado bajo su salvaguardia á ella y su marido, y rogarle que diputase á la barra algunos comisionados para reclamar que sus quejas fuesen oidas.

A un administrador que se justificaba de lo que se habia retardado su interrogatorio alegando que no podia atenderse todo, cita el dicho siguiente de una muger á Filipo: «Si no tienes tiempo para administrar justicia, tampoco le tienes para ser rey.»

Con todo, Bosc, su fiel amigo, se habia apresurado ya desde el primer día de su desaparicion á acompañar á su hija á casa madama Creuzé de la Touche, quien la recibió con maternal solicitud.

La seccion á que se dirigió madama Rolland se ocupó de

(1) *Memorias*, tomo 2.º, páginas 106 y 107.

ella, y dió un acuerdo favorable á las reclamaciones contra las detenciones arbitrarias. Entonces juzgó ella oportuno escribir otras dos cartas, una al ministro del interior y otra al de la justicia, diciéndoles con entereza sin igual: «Reclamo la ejecucion de la ley no solo para mí, sino para Vd. mismo. A mí, inocente y animosa, alcánzame la injusticia sin baldon, y puedo sufrirla con arrogancia en un tiempo en que se proscribe á la virtud; mas por lo que á Vd. mira, colocado entre la ley y la deshonra, su voluntad de Vd. me puede ser dudosa.... Las facciones acaban; solo es permanente la justicia. Mi opresion es debida á los lazos que me unen con el hombre venerable que la posteridad vengará. Supuesto que Vd. no ha podido preservar á la inocencia de ser injustamente perseguida, su carácter de hombre público le obliga á defenderla. *A Vd. le interesa mas que á mi tomarse el cuidado que yo le encargo.* Colocado en el timon, se le imputaria á Vd. haberle abandonado á las oleadas, y tendria que pasar por la mengua de haber permanecido en él sin poderlo contener, sino sabia Vd. con mano firme dirigirlo.»

Ya habian transcurrido veinte y cuatro dias, que pasó estudiando y escribiendo sin mas estorbo que el ruido de afuera y la voz del centinela colocado al pie de la ventana, que á todas horas gritaba: Quien vive? — Granadero. — Patrulla.

Una vez oyó vociferar: *la gran visita del Padre Duchêne á la muger de Rolland! y descubrimiento de las relaciones que tenia con los brissotinos y los ladrones de la Vendea!* En dicho impreso se la trataba de vieja desdentada, y se la exortaba á llorar sus antiguos pecados, hasta que subiese á purgarlos en el cadalso.

Finalmente, en 24 de junio, la mandan llamar á la habitacion del alcaide, donde le dice que ya está en libertad. «No sé porque esta noticia me afectó tan poco.» Aun pasó un instante con intencion de comer tranquilamente y no salir hasta el anochecer; pero no pudo ser, porque el alcaide tenia prisa de disponer del aposento que ella ocupaba, al que daba el nombre de *Pabellon de Flora* á causa de las flores con que lo adornaba madama Rolland y le llevaba su amigo Bosc,

que era intendente del jardin botánico. ¡Quien lo creyera! el que debía ocuparlo era Brissot, y mas tarde fué Carlota Corday!

¡Con que, ¡ya está libre! Corre ante todo á estrechar en sus brazos á su querida hija. «Bajo del coche, dice, con aquella ligereza que jamas me ha dejado bajar de un carruage sin saltar; paso por la puerta como un pájaro, diciendo alegremente al portero: Buenos dias, Lamarre; y no habia aun subido cuatro escalones, cuando dos hombres que sin saber como me vinieron siguiendo, exclaman: ¡Ciudadana Rolland? — ¡Qué me quieren Vds.? — Queda Vd. detenida en nombre de la ley.»

Fácil es calcular lo que ella sintiera al oír estas palabras aterradoras. Exige que se le lea la orden, y pronto se decide: atraviesa el patio y sube á la casa de su propietario. Dicele que acababan de ponerla en libertad, pero que no era mas que un engaño cruel, porque ya volvian á detenerla; mas, que teniendo ya conocimiento de las deliberaciones que habia tomado la seccion, trataba de ponerse bajo su salvaguardia. Acto continuo el hijo de la casa que se hallaba presente vuela en busca de dos comisarios, quienes levantan auto de oposicion y se trasladan á la alcaldía con madama Rolland, para producirle y deducir los motivos á que diere lugar. ¡O lástima! aquel jóven infeliz no debia tardar en pagar con su cabeza aquel impulso generoso! De nada aprovechó á madama Rolland; pues no pudo prevalecer la oposicion, y fué conducida á Santa Pelagia: dijéronle que como su primera captura fué irregular, habia sido necesario ponerla en libertad para detenerla en seguida conforme á las formalidades requeridas. Esta nueva cárcel era el receptáculo de las rameras y mugeres apercebidas por la justicia, con quienes se vió confundida madama Rolland. «¡O Danton! exclamó, de este modo afilas tus puñales contra tus víctimas! No menos cruel que Mario, mas horrible que Catilina, tus atrocidades escenden á las suyas, siendo así que careces de las grandes cualidades que ellos tuvieron; y la historia vomitará tu nombre con horror al referir las matanzas de setiembre y la disolu-

ción del cuerpo social á consecuencia de los sucesos del 2 de junio!»

La maliciosa crueldad con que esta vez le hicieron saborear el placer de la libertad para luego volverla á cargar de cadenas, la inflamó de indignación; mas, pronto el valor recobró su imperio, reflexionando que era mengua conceder algo á sus perseguidores dejándose abatir por la injusticia. *Parecíale que casi no habia mudado de estado: ¿no tenia libros y tiempo? no era ella acaso la misma? Rependióse á sí misma por la primera desazon que tuvo, y ya no se acordó mas que de hacer uso de la vida y emplear sus facultades con aquella independencia que conserva un alma fuerte en medio de sus prisiones y deja burladas las esperanzas de sus mas encarnizados enemigos.* Volvió á coger sus lapiceros que tiempo habia tenia olvidados, quiso ejercitarse en el inglés y leyó el Thompson, cuyas risueñas pinturas siempre la habian encantado. Mas, y su hija! separada de ella y sumida de nuevo en la cárcel, no se atrevia á mandarla traer para abrazarla. El odio persigue hasta á los hijos de aquellos que se ven perseguidos por la tiranía: así es que, al pasar por las calles aquella niña de once años, con su figura virginal y sus hermosos rubios cabellos, señalábanla con el dedo, cual stirpe de un conspirador.

Los encargados de la custodia de madama Rolland se interesaron por ella en tan triste situación, y se esmeraron en hacérsela mas llevadera dándole un cuarto en que pudiese tener un piano, adornando con ramos de jazmin las rejas de su ventana, y separándola de las horribles mugeres, cuya compañía le era tan odiosa. Volvieron á verla sus amigos, y ella prosiguió sus noticias históricas, hallándose de este modo todavía feliz.

Muchas veces, en medio de las elocuentes páginas que nos ha legado, interrumpíala el ruido de los bullicios, escesos, diversiones brutales, dichos groseros y escandalosas risotadas á que se entregaban los administradores con las ramerías; y ella al notarlos dice que no podía menos de admirarse del contraste. «Puede decirse que yo escribia á la vista de esos miserables, de quienes el mas benigno me hubiéramos hecho trizas si hubie-

se entendido una sola de mis frases. Mucha razón tenia Platon, añade, al hablar de las ignobles escenas del gobierno popular, que lo comparaba con una pública almoneda donde se hallan mezcladas todas las especies de gobierno posibles.» Otras veces estando en los pasajes mas alegres y graciosos de su obra, venian á noticiarle que se hallaba comprendida en la causa de los girondinos. «Ningun temor me causa el subir al cadalso, ponía en una nota; voy á despachar este cuaderno, sin perjuicio de continuar otro si me dan tiempo para ello.» Y proseguía su tarea con la misma calma y buen humor.

No gozó mucho tiempo madama Rolland de las gratas distracciones que le habian procurado en su encierro; notólo un administrador y mandó que la hiciesen volver al corredor so pretexto de que era preciso mantener la igualdad. «Esta es la humanidad de unos hombres que han derribado las piedras de la Bastilla, y sueltan en el Campo de Marte pájaros con banderillas para anunciar la felicidad de la tierra á los habitantes de las sublimes regiones!»

Pasados cuatro meses, escribió madama Rolland al encargado por el ministerio de inspeccionar las cárceles: «¿Cuanto tiempo ha de durar todavía mi estraña cautividad? No pueden imputarme delito alguno, sino mi amor por la libertad, que me hace confundir con sus enemigos... ¿Se me habria acaso detenido en lugar de mi esposo? este fuera un cambio bárbaro y ridículo que de nada serviria... ¿Acaso se me guarda en rehenes? En este caso podria serlo en mi casa mediante caucion. ¿O soy por ventura sospechosa? y porqué? en la duda ¿quien puede esponderse á ser opresor?»

Pasado otro mes, redactó un proyecto de carta para Robespierre, que luego resolvió no mandarle, en la cual, sin humillarse á súplicas infructuosas, le hablaba con la dignidad de un alma que conserva toda la libertad tras los cerrojos, y le daba severas lecciones, recordándole la suerte que han corrido los agitadores, desde Viscellino hasta César, y desde Hippon, *arenador de Siracusa*, hasta los oradores parisienses.

Mucho habia modificado su opinion con respecto á Robespierre, desde que en una de sus cartas autógrafas le llamó es-

te digno hombre (pág. 308), puesto que ahora le trata de hombre atroz, hipócrita y sediento de sangre (1).

El consuelo mas grato que tenia madama Rolland era el trabajar en la continuacion de sus *Memorias*. «¿Qué cosa mejor puede hacer uno en la cárcel que transportar lejos de allí su existencia por medio de una halagüeña ficcion ó con recuerdos interesantes? Yo hallaba sumo placer en dejar correr mi ligera pluma sobre mis primeros años (2).»

Tomó tanto gusto por la lectura de Tácito, que lo leyó hasta cuarta vez siempre con nuevo anhelo, diciendo ella que casi lo sabia de memoria, y que no podia acostarse sin saborear de él algunas páginas.

Algunas veces se vió reducida á tal extremo de penuria, que tuvo que vender algunas prendas de plata que le quedaban, sin que por esto se privase ningun dia de distribuir en torno suyo alguna generosidad. (Mientras su marido estuvo en el ministerio, se sabe que destinaba 1.000 francos cada mes para obras caritativas).

No obstante su gran firmeza, cien veces al dia al pensar en su esposo y su hija, partíasele el corazon y se abatía, retirándose á llorar. La muger que la servía dijo un dia á otro preso: cuando está con vosotros recoge todas sus fuerzas; pero en su cuarto, muchas veces permanece tres horas asomada á la ventana y llorando (3). Mas, pronto se reanimaba su valor, y aparecia de nuevo la estóica, orgullosa de medirse con la fortuna y ponerla á sus plantas. Muy amenudo hablaba en la reja, dice Riouffe, con tanta libertad y valor como un grande hombre; y el oír aquel lenguaje republicano en boca de una hermosa francesa cuyo patíbulo se estaba preparando, era un milagro de la revolucion á que no se estaba acostumbrado. Todos los presos la rodeaban para escucharla con estraña ansiedad, llenándoles de pasmo y admiracion (4).

(1) *Memorias*, tomo 2.º, pág. 258.

(2) *Memorias*, tomo 2.º, pág. 258.

(3) *Proceso famoso, Verbo*, pág. 142.

(4) *Memorias de un preso*.

Cuando supo la condena y muerte de sus amigos los girondinos, ya conoció que no habia remedio para ella, y desde entonces resolvió anticiparse al suplicio, escribió lo siguiente: *Creo que es preciso cerrar los ojos; y á la verdad se va haciendo tan triste la escena, que poco se pierde en salir de ella*. Efectivamente se resignó á ella. En el fervor de su exaltacion, esclama: «Perdóname, hombre respetable, si dispongo de una vida que te habia consagrado; tus desgracias me hubieran dado apego á ella si hubiese podido suavizarlas; pero véome para siempre imposibilitada de hacerlo, y tu no pierdes mas que una sombra, inútil objeto de mortales inquietudes. Perdóname, tierna niña, hija mia dulce y adorada, cuya imagen querida penetra mi pecho maternal y pone en duda mis resoluciones. Ahí jamas te hubiera yo privado de tu guia si hubiese conocido que te lo habian de conservar. Tienen acaso, esos mónstruos, compasion de la inocencia? Pero, por mas que hagan, te quedará mi ejemplo; y este ejemplo creo que es muy rica herencia, y lo digo con orgullo aun á las puertas del sepulcro!»

Tuvo la idea de darse la muerte con el fin de conservar sus bienes á su hija, pues habian de ser confiscados si el tribunal revolucionario la condenaba á la pena capital. Primero habia proyectado dejarse morir de hambre, mas luego prefirió tomar opio, y lo pidió á uno de sus mas fieles amigos. Sin duda pensaba entonces en la cicutu de Sócrates y el hermoso drama de su muerte, sobre cuyo asunto habia ella bosquejado á la edad de veinte y dos años un ensayo que envió á su jóven amiga.

El confidente á quien se dirigió madama Rolland le manifestó que era mucho mas digno de ella esperar la muerte que dársela; que este crimen debia dejar que lo cometiesen sus jueces, y, lo que es mas, hacer por su causa este nuevo sacrificio, y dar al mundo este ejemplo memorable.

Este fué el dictamen que adoptó. Principió su proceso hácia el 10 de noviembre de 1793. Fué trasladada á la Conserjería y citada ante el tribunal revolucionario. Allí supo que sus desventurados amigos pocas horas antes habian acabado de existir. Sumida en un infecto calabozo y acostada sin sábanas en una cama que le prestára un preso compasivo,

sujetáronla al día siguiente á un largo y penoso interrogatorio, en que le cortaban todas las respuestas, diciéndole que no estaba allí en el ministerio del interior para hacerse la erudita; preguntáronle si era ella la que redactaba las cartas de su marido. «Jamás, dijo, he prestado mi pensamiento á mi esposo; lo más que él puede haber hecho ha sido servirse de mi pluma. — ¿Tenía Vd. noticia del despacho de formación de espíritu público, que estableció Rolland con el fin de corromper á los departamentos, hacer venir una fuerza departamental y destruir la república, insiguiendo los planes de una facción liberticida; y no dirigía V. este despacho? — Rolland no estableció jamás despacho alguno que llevase esta denominación, y yo por mi parte ninguno he dirigido: en virtud del decreto de último de agosto, en que se le manda propagar escritos de utilidad, se apresuró en hacer redactar y circular aquellos que juzgó más conducentes á inspirar amor á la revolución, á lo que daba el nombre de *Correspondencia patriótica*; y en sus escritos, lejos de escitar á la división, solo respiraba el deseo de contribuir á la conservación del orden y la paz. — En vano disfraza Vd. la verdad, y es inútil que trate de justificar á Rolland; pues una fatal experiencia harto ha demostrado el mal que ha hecho ese pérfido ministro difundiendo calumnias contra los más fieles mandatarios del pueblo; y es imposible que Vd. ignore la ridícula denominación inscrita á la puerta del mencionado despacho. — Muy agena de travestir la verdad, me lisongeo de acatarla, aun con peligro de mi vida: jamás ví la inscripción de que se trata; y en cuanto á las injuriosas inculpaciones que se hacen á Rolland, no opongo más que sus escritos y la remisión de los que mandó publicar por orden de la convención. — ¿Sabe Vd. la época en que Rolland salió de París y donde puede hallarse? — Qué lo sepa ó no, no debo ni quiero decirlo. — Esta obstinación en ocultar la verdad demuestra que Vd. cree culpable á Rolland. Se declara Vd. en abierta rebelión con la ley, olvidando que el acusado debe decir verdad á la justicia, etc.» Fouquier Tinville tenía la avilantez de mezclar á todas estas preguntas epítetos injuriosos y expresiones dictadas por la ira, uniéndose con

el juez para privarla de hablar ú obligarla á responder en el sentido que ellos deseaban. Irritada de semejante indignidad, declaró que se quejaría de ello en pleno tribunal; que no se dejaba ella imponer por una autoridad superior y despótica; que ante todo lo que los hombres habían instituido reconocía la razón y la naturaleza; y volviéndose hácia el escribano, dijo: «Tome Vd. la pluma y escriba: *Respondió que la acusada no da cuenta sino de sus hechos, y no de los de otro; no conocía ley alguna en virtud de la cual se la pudiese obligar á violentar los sentimientos más caros de la naturaleza.* — Al llegar aquí, el acusador enfurecido exclamó que con esa bachelera sería nunca acabar, y dió por concluido el interrogatorio. «Le tengo á Vd. compasión, le respondió ella con serenidad, y le perdono sus ofensivas expresiones. Ya puede Vd. mandarme al cadalso, pues cuanto Vd. haga y diga no será bastante á quitarme la satisfacción que inspira una buena conciencia y la persuasión que la posteridad me vengará condenando á la infamia á mis perseguidores.

Dijéronle que se eligiese defensor, y ella indicó á Chauveau-Lagarde; luego se retiró y dijo con aire risueño: «Les deseo á Vds. en cambio del mal que me quieren, una tranquilidad igual á la que yo tengo, por más preciosa que sea.»

No tardó en presentársele el generoso defensor que había elegido, quien aceptó, como tenía de costumbre, aquella peligrosa misión que se le confiaba, y estuvo mucho tiempo conferenciando con su cliente acerca los medios de defensa; y llegada la hora de cerrar la cárcel, ella le presentó una sortija que llevaba en el dedo, la que él rehusaba diciéndole que ya volverían á verse el día siguiente. — Mañana, es escusado pensarlo; aprecio infinito sus consejos de Vd., pero le serían á Vd. funestos, y no haría Vd. más que perderse sin salvarme; no asista Vd. al tribunal, porque yo le recusaría á Vd.; pero acepte la única prueba que puedo darle de mi reconocimiento, pues mañana ya no existirá.»

Pasó toda la noche escribiendo su propia defensa; pero esta iba dirigida á la posteridad, y efectivamente ha llegado á su destino.

Justificase de las relaciones que tuvo con sus amigos en la